

LA EUROPA CLÁSICA

SIGUIENDO a Jacques Le Goff, «Europa hace su entrada en la historia por la puerta de la mitología. Hija de Agénor, rey de Fenicia, habría sido raptada por Zeus, metamorfoseado en toro, que la llevó a Creta, donde, de sus amores con el rey de los dioses, nació Minos. La Europa así bautizada por los geógrafos griegos de la Antigüedad nace en el mito en el seno del estrato de alta cultura más antiguo de Occidente, la cultura griega». Es decir, el mito griego permite metafóricamente a Europa separarse de Asia y adquirir su propia personalidad.

Grecia, en efecto, se encuentra en el origen de la identidad de la Europa actual. Las grandes creaciones del mundo griego en el terreno de la organización política, del pensamiento, de la ciencia, de la literatura y del arte han marcado toda la evolución futura del mundo europeo. Nacida en el rincón oriental del continente y siempre con un pie puesto en el Asia Menor, la cultura griega fue transmitida desde su solar originario a lo largo de toda la cuenca del Mediterráneo hasta llegar a las costas de España, de modo que se produjo una intensa comunicación y un alto sentido de comunidad entre todas las tierras del litoral norte del mar interior.

Sin embargo, esta creación de un mundo griego se desarrolló a través de una serie de etapas sucesivas. El primer pueblo greco-hablante conocido se instaló en la zona más sudoriental de la Península Balcánica en torno a comienzos del segundo milenio

antes de la era común, imponiendo sobre la sociedad agraria autóctona (cultivadores de la tréada mediterránea del trigo, la vid y el olivo), además de la lengua, sus tradiciones militares, sus sistemas de pastoreo y agricultura, sus conocimientos de la elaboración de la cerámica y de la metalurgia del bronce, su organización patriarcal y patrilineal y su principal divinidad (llamada Zeus). Una lenta fusión entre los nativos y los intrusos desembocó en un primer gran estadio de creatividad cultural en la segunda mitad del segundo milenio (1600-1150).

Dos culturas distintas se repartieron en esa época el espacio en torno al mar Egeo. La cultura insular de Creta o cultura minoica (por el mítico rey Minos ya mencionado) se caracterizó por desarrollarse en torno a grandes palacios (cuyas complejas estructuras dieron lugar a la aparición de la difundida idea del laberinto) que en realidad eran el centro de algunas populosas ciudades de miles de habitantes, como en el caso de la principal de todas, la de Cnosos.

La cultura continental o micénica (por la ciudad de Micenas, la más poderosa, la ciudad del rey Agamenón, una de las grandes fuentes de inspiración de la literatura griega) se expandió a costa de la propia civilización minoica (con la conquista de Creta en 1500-1450), pero también se construyó en torno a palacios fortificados bajo la jefatura de reyes independientes que podían imponer su autoridad sobre el territorio circunvecino.

En todo caso, la cultura micénica quedó arruinada en torno a 1100, tal vez debido más a causas internas (una población excesiva en relación con unos recursos limitados que la tecnología al alcance de la administración palacial no era capaz de incrementar) que a la improbable incursión de un pueblo «dorio» sobre cuya realidad existen muchas dudas. Así empezaría el periodo que, a falta de otra denominación mejor, conocemos como Edad Oscura, un momento en que se introducen novedades llamadas a perdurar: la fijación del alfabeto griego, la aparición de la cerámica geométrica, la creación del templo monumental como máxima expresión de la arquitectura, la difusión de una conciencia panhelénica manifestada en las peregrinaciones a santuarios y en la celebración de fiestas religiosas donde conflúan las poblaciones que compartían unas mismas señas de identidad cultural y rendían culto a los dioses reseñados por un poeta de finales del periodo (700), Hesíodo (*Teogonía*). Un poco antes (750-720) se habían escrito asimismo las dos primeras grandes obras de la literatura griega, ambas atribuidas, pese a ser el fruto de una composición oral pulida a través de varios siglos, al mismo poeta épico, Homero.

La primera de estas obras, la *Iliada*, cuenta una famosa acción bélica de tiempos pretéritos, la guerra que supuso la destrucción de la ciudad de Troya (o Ilión) en Asia Menor, llevada a cabo por medio de un ejército comandado por Agamenón, rey de Micenas, y de la intervención del famoso héroe Aquiles. La segunda, la *Odisea*, narra las fantásticas aventuras de otro de los héroes, Ulises (u Odiseo), que después de la destrucción de Troya

se pierde en la extensa incógnita del mar de Occidente antes de retornar a su reino de Ítaca y recuperarlo de las manos de los pretendientes de su astuta esposa Penélope.

La *Odisea* tiene además el mérito de prefigurar el proceso de colonización que llevó a los griegos a protagonizar durante más de dos siglos (750-500) una emigración bien regulada que les permitió instalarse a lo largo de la costa mediterránea (especialmente en la vertiente septentrional o europea, aunque también en el litoral meridional o africano, donde florecen ciudades como Cirene) y desde sus nuevos establecimientos propagar su cultura desde el este de España (Ampurias) hasta el fondo oriental del mar Negro (Trebisonda) con una densa aglomeración en la isla de Sicilia (Siracusa) y en la Italia meridional, la Magna Grecia. Con razón, en el siglo IV antes de la era común, Platón, uno de los grandes filósofos clásicos, en una de sus obras más conocidas, imaginaba, mediante una metáfora no muy elegante y que sugería un paisaje sonoro no muy eufónico, que las ciudades griegas que se desparramaban por el litoral del mar Mediterráneo y del mar Negro se asemejaban a un «coro de ranas alrededor de un estanque».

La expansión colonial se desarrolló durante el periodo en que se alumbra la Grecia arcaica. Otro periodo de gran esplendor que pone de nuevo de manifiesto, y de forma más rotunda que nunca, la excepcional creatividad del pueblo heleno. En el aspecto de la organización social, es el momento de la invención de la *polis*, de la ciudad-estado, que es a su vez la cuna del concepto de democracia,

es decir, de un gobierno que garantiza a todos los ciudadanos la igualdad ante la ley, convenida entre ellos e implantada por la decisión de la mayoría. En el área del pensamiento, es el momento del abandono del mito como sistema de acercamiento a la realidad y su sustitución por una concepción racional, es decir, científica del universo, que destierra el recurso a las causas sobrenaturales para tratar de explicar la existencia del mundo y de los hombres. Son los dos hallazgos más cargados de futuro, dos elementos que no dejarán de estar presentes en la cultura europea y que acabarán constituyendo, más allá de algunas épocas de eclipse, las señas de identidad más significativas del continente.

En otros órdenes, pertenecen también al mismo periodo otras creaciones señeras, como pueden ser la cerámica de figuras negras representando historias heroicas de dioses y hombres o escenas de la vida cotidiana (entre las que no se olvidaban las referentes a las relaciones eróticas), la escultura monumental (especialmente las representaciones masculinas del joven *-koûros-* y femeninas de la doncella *-koré-*, el urbanismo diseñado a partir del espacio central de la vida comunitaria (el ágora) y el trazado racionalista en cuadrícula de las calles (que fue llevado más tarde a su perfección por Hipódamo de Mileto), la primera poesía lírica, donde hacen el descubrimiento de su propia individualidad (en relación con la fortuna, el amor o la felicidad) autores de la talla de Arquíloco de Paros:

En las alegrías alégrate y en los pesares gime
sin excesos. Advierte el vaivén del destino humano.

O Safo de Lesbos con su canto al amor que a partir de su lugar de nacimiento ha sido llamado lesbico:

Ya se ocultó la luna
y las Pléyades. Promedia
la noche. Pasa la hora
y yo duermo sola.

O Alceo de Mitilene:

Mientras jóvenes seamos, más que nunca, ahora
[importa
gozar de todo aquello que un dios pueda
[ofrecernos.

O Anacreonte de Teos, igualmente entregado a la exaltación de los placeres del vino, del amor y de las fiestas:

Practiquemos el beber con vino,
no al modo escita, sino brindando
al compás de hermosos himnos.

O las grandes celebraciones panhelénicas, tan importantes para la toma de conciencia de la pertenencia de todos los griegos a una misma comunidad cultural: los Juegos en honor de Zeus en Olimpia (rescatados por Europa cientos de años después), los Juegos Píticos en honor de Apolo en Delfos, los Juegos Ístmicos en honor de Poseidón en Corinto y los Juegos Nemeos en honor también de Zeus en Argos. Era el circuito deportivo que cantaría con su estilo aristocrático y arcaizante el poeta Píndaro de Tebas:

Cuando han desaparecido los hombres
los cantos y leyendas salvan sus nobles acciones.

Mientras tanto florecían las grandes ciudades de Esparta y Atenas y se fraguaban los primeros enunciados de la ciencia y la filosofía, es decir, un pensamiento racional que habría de ser el legado más permanente del mundo griego.

Sin embargo, la Grecia clásica tendría pronto ocasión de valorar el alcance de sus logros frente a la amenaza de una potencia exterior asiática, el Imperio Persa, durante el periodo de las denominadas Guerras Médicas (del nombre de medos dado a los persas) que, a lo largo de más de una década (490-479), serían una verdadera prueba de fuego de la que saldría reforzado un modo de civilización construido pacientemente desde hacía más de un milenio.

La constitución de un Imperio por los persas pronto los convirtió en vecinos de las ciudades griegas de la Jonia en Asia Menor. La sublevación de Mileto (499) contó con la ayuda de Atenas, pero se saldó con la derrota de la flota helena (494), que permitió a los persas el saqueo de la ciudad insurrecta y la esclavización y deportación de sus habitantes mientras en el transcurso del conflicto se incendiaba igualmente la ciudad de Sardes que era la avanzada persa hacia occidente, hacia el mundo griego. Era el principio de una confrontación que había de tener relevantes consecuencias para ambos contendientes.

La historia lineal de las Guerras Médicas es conocida sobre todo por sus hitos más importantes. La invasión por parte de Persia de la Grecia continental concluyó momentáneamente con la derrota de los intrusos a manos de una reducida hueste

ateniense mandada por Milcíades en el campo de batalla de Maratón (490), desde donde la noticia llegó velozmente a los expectantes griegos. Jerjes, hijo de Darío, intentó vengar la derrota de los ejércitos de su padre lanzando una gran ofensiva que fracasó en dos años (481-479) después de una serie de batallas que quedarían para siempre en el imaginario colectivo de los pueblos griegos. Primero, los espartanos al mando de Leónidas frenaron el avance enemigo a costa de sus vidas en el paso de las Termópilas: «Caminante, ve y di a los espartanos que obedientes a sus órdenes aquí yacemos». La acción dio tiempo al ateniense Temístocles a preparar sus trirremes y a encerrar a la flota persa en las aguas de Salamina, donde se perdieron más de doscientas naves persas. Fue el prelude de las dos últimas grandes batallas: la batalla terrestre de Platea diezmó al ejército persa sin posibilidad de recuperación, mientras la flota griega derrotaba a los supervivientes de Salamina en el combate de Mícale frente a las costas de Asia Menor.

La completa victoria helena en las Guerras Médicas tuvo una trascendencia que incluso va más allá del mero alejamiento del peligro persa, ya que los vencedores la interpretaron como un triunfo de su civilización encarnada en el aspecto político en el sistema de la ciudad-estado, como un triunfo de la libertad de los griegos frente a la esclavitud propia de los persas. La excelencia de las instituciones de la *polis* europea había mostrado su superioridad frente a la tiranía del gobierno autocrático del imperio asiático.

Heródoto, el llamado padre de la historia, lo es en el sentido de que sus escritos pretenden ofrecer

una reconstrucción razonada del pasado y del presente, no solo de los griegos, sino de todos los pueblos conocidos, tomando como método la observación de los hechos y el análisis de las causas, todo lo cual ya se desprende del propio nombre de su obra: *Historia*, que significa literalmente investigación. Ante todo, su obra representa un esfuerzo por estudiar el pasado de los helenos y de los persas, el origen de un enfrentamiento entre Oriente y Occidente que hunde sus raíces en el pasado y que tiene su culminación en la victoria de los valores griegos frente a la arrogancia de Jerjes. Sus páginas quieren ser el testimonio del papel histórico asumido por los griegos, que no fue otro sino el de defender a Europa del despotismo oriental.

Este momento de orgullo y de euforia, atestigüado por los escritos de Heródoto, iba a dar paso al periodo más brillante de la cultura griega, que iba a ir de la mano de la consolidación de la democracia ateniense bajo la directa inspiración de uno de sus gobernantes más paradigmáticos, Pericles, encarnación de un verdadero siglo de oro de la ciudad protegida por la diosa Atenea.

La democracia ateniense presuponía la *polis* como lugar para el perfeccionamiento intelectual y moral del individuo y para el ejercicio de la libertad por cuanto los ciudadanos eran iguales ante las leyes y estas leyes emanaban de su propia asamblea, que pasaba a ser la encarnación por tanto de la voluntad popular. El sistema democrático ateniense, que se fue fraguando a lo largo de los siglos VI-V (gracias a la acción de políticos como Solón, Clístenes o Efialtes), implicaba una gran fragmentación del poder: el inexistente gobernante principal

de las monarquías o las tiranías era sustituido por una serie de asambleas: la *boulé* o consejo de los 500 preparaba los debates de la *ekklesia* o asamblea que tomaba la decisión de la promulgación de las leyes a partir de las propuestas de los ciudadanos asistentes, muchos de ellos miembros de las diversas instancias colegiadas que funcionaban en la ciudad (Pericles mismo solo era uno de los diez *strategoí* elegidos y dotados de poderes civiles y militares) o de los numerosos tribunales de justicia (*dikasteria*) en activo. A pesar de los pobladores excluidos de sus beneficios (*métoikoi* o extranjeros y *doúloi* o esclavos, además de las mujeres, en una sociedad esclavista y misógina), el sistema constituía un timbre de gloria para Atenas, y la mayoría de los atenienses de la época estaban convencidos de que era el soporte de la superioridad adquirida por la ciudad en la comunidad helénica. En cualquier caso, es seguro que constituyó el sistema democrático más avanzado del mundo clásico.

La Atenas de Pericles no solo implementó el sistema democrático, sino que representa uno de los momentos culminantes de la civilización clásica. Si la obra del historiador Heródoto y del primero de los grandes trágicos, Esquilo (autor de la trilogía conocida como *La Orestíada*), son anteriores a la época de Pericles, la ciudad se benefició de la creatividad del segundo de los trágicos, Sófocles (*Edipo rey*, donde los personajes individuales asumen un mayor papel protagonista frente al coro), y del tercero, Eurípides (*Medea*, que otorga mayor presencia a las figuras femeninas, a la vez que bajo el influjo de la sofística denota ya una mayor caracterización psicológica de los personajes), del pensamiento del filósofo Anaxágoras de Clazómenas (verdadero mentor del político

ateniense que, además, contribuyó a la filosofía de los orígenes del cosmos con la teoría del *nous*, de un espíritu o mente primigenia) y de las enseñanzas de los educadores llamados sofistas, entre los cuales se recuerda especialmente a Protágoras, tal vez por algunas sentencias que ejemplifican lo mejor del pensamiento heleno y forman parte de la herencia permanente de los griegos: «El hombre es la medida de todas las cosas» y «De los dioses no me es dado saber nada, ya que hay muchas cosas que lo impiden, la dificultad del asunto y la brevedad de la vida del hombre». Y finalmente, la propia ciudad conoció su apogeo de la mano de los arquitectos y decoradores de la Acrópolis, reconstruida por completo en mármol blanco del Pentélico hasta convertirla en el más extenso y perfecto conjunto arquitectónico del mundo griego gracias a la acumulación de monumentos tan ejemplares como el Partenón (templo octástilo de estilo dórico dedicado a Atenea Parthenos y considerado la obra maestra de la arquitectura helénica), los Propileos o puertas monumentales de acceso, el Templo de Atenea Nike y el Erecteo, sostenida una de sus tribunas por una serie de bellísimas cariátides. El conjunto fue especialmente obra del genio del escultor Fidias (autor de la imagen titular y del conjunto del programa iconográfico del Partenón), quien, junto con el que muchos de sus contemporáneos consideraban su igual, el escultor Policleto (autor del *Doriforo*), aparece como uno de los paradigmas de esa edad de oro del arte concebido como armonía, equilibrio y proporción, de la belleza concebida como la otra cara de la verdad.

Este instante cenital no podía ser duradero. El edificio se vino abajo a causa de la guerra que enfrentó a las dos grandes potencias: Esparta, defensora

de una constitución oligárquica, y Atenas, defensora de una constitución democrática. Mientras las Guerras Médicas fueron la ocasión patriótica para unirse frente al enemigo exterior, la Guerra del Peloponeso (431-404) fue un enfrentamiento fratricida en el que nadie ganó sino que todos perdieron. Este suicidio bélico contó, sin embargo, con un testigo de excepción, Tucídides, el historiador que mejor encarnó en su campo las cualidades racionalistas del pensamiento griego, de modo que ha podido decirse que esta guerra «es la más inteligible de la historia», gracias a la exigencia que se autoimpuso el autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso* a la hora de escoger los testimonios y de analizar las causas (primeras o inmediatas, segundas o más profundas), de modo que su texto resultara convincente para las generaciones futuras: «He escrito mi obra, no como un ensayo para ganar el aplauso del momento, sino como una adquisición para todas las edades».

La Guerra del Peloponeso marcó un punto de inflexión en la historia de Grecia. Sin embargo, ni aun así se perdió su dinamismo. Por un lado, su genio todavía pudo reflejarse en la obra de escritores como Aristófanes, el más conocido autor de comedias (*Lisístrata*, un alegato en favor de la paz mediando la huelga sexual de las mujeres griegas), de artistas como los escultores Praxíteles (*Afrodita Cnidia*, paradigma de la belleza femenina desnuda), Escopas y Lisipo (*Apoxiómenos*) y de pensadores como Sócrates, uno de los indiscutibles iconos de la historia de Grecia, tanto por sus conversaciones filosóficas (que servirían de modelo a sus discípulos), como por las circunstancias

de su muerte, condenado a beber la cicuta (en 399), un episodio que (referido tanto por el historiador Jenofonte, como por el filósofo Platón en sus respectivas apologías de su maestro) siempre planearía pesadamente sobre la conciencia de los griegos.

Por otro lado, si la mayor aportación de Grecia a la civilización europea fue el desarrollo de un pensamiento racional para el conocimiento del universo y para la fundamentación de una ética y de una política, en estos años se completa la obra iniciada por los filósofos llamados generalmente presocráticos (un apelativo meramente cronológico para unir a pensadores de muy distintas preocupaciones y propuestas) gracias a la obra de las dos figuras más relevantes de la filosofía helena, Platón y Aristóteles.

Hay que volver, sin embargo, atrás para subrayar que esta aventura del espíritu occidental había empezado mucho antes. A ella contribuyó, en efecto, por una parte, la obra de una serie de científicos, como Pitágoras de Samos, quien ya en el siglo VI había llegado, junto con sus discípulos (la hermandad pitagórica), a la convicción de que la aritmética era la clave para la comprensión del universo, o como Jenófanes de Colofón, observador de la evolución de la Tierra y debedador de las creencias religiosas de sus contemporáneos, sobre todo de los dioses creados a imagen y semejanza de los hombres en vestidos, voz y figura:

Los etíopes afirman que sus dioses son chatos y
[negros,
y los tracios los tienen de ojos azules y pelirrojos,

o como Hipócrates de Cos, el fundador (dentro de las limitaciones de la época) de una medicina racional, recogida en el famoso *Corpus Hippocraticum*, cuyas prescripciones se pondrían en práctica singularmente en el Asclepíeo de su isla natal.

Y por otra, también desde el siglo VI, y por una vía diferente, los filósofos habían tratado de buscar explicaciones naturales al origen del cosmos, inaugurando la primera indagación racional sobre tales cuestiones. Entre estos pensadores (conocidos genéricamente como presocráticos), Tales de Mileto creyó hallar el origen último del universo (la *arkhé*) en el agua, mientras Anaxímenes de Mileto pensó encontrarlo en el aire, hasta que finalmente Empédocles de Agrigento (ya en el siglo V) llegaba a una solución de compromiso proponiendo la existencia de cuatro elementos primordiales: agua, aire, tierra (siguiendo una posible idea de Jenófanes) y fuego (utilizando una metáfora de Heráclito). Analizando otro orden de cuestiones, Heráclito de Efeeso (también a finales del siglo VI) había llegado a la convicción de que la esencia de la realidad era la inestabilidad (aunque no estemos seguros de la exactitud de las más famosas sentencias que se le atribuyen: «todo fluye» y «no nos podemos bañar dos veces en el mismo río») frente a Parménides de Elea que (también a finales del siglo VI) afirmó la estricta permanencia del ser, tesis defendida posteriormente por toda una escuela de pensamiento. Finalmente, como culminación de esta corriente, Demócrito de Abdera (de fines del siglo V y principios del IV, es decir, casi estrictamente contemporáneo de Sócrates, pese a haber quedado tradicionalmente inserto en el grupo de

los presocráticos) asentó la teoría de una materia formada de átomos, es decir, de partículas homogéneas e indivisibles.

Sin embargo, serían los seguidores de Sócrates los que pondrían las bases que habrían de fundamentar toda la filosofía europea. Así Platón, en su escuela de la Academia (como lugar cercano al bosque de Academo), inventó el género del diálogo como vehículo para definir conceptos como el del amor (*Symposion* o *Banquete*), la naturaleza del alma a través de la alegoría del carro, el auriga y los caballos (*Fedro*), la preexistencia e inmortalidad del alma (*Fedón*, situada la acción en la celda de Sócrates) o el gobierno ideal (*República*). Su teoría del conocimiento partía de la existencia de un mundo perceptible que no era más que un reflejo del mundo de las formas inteligibles o ideas (tal como se expresaba en su famosa «alegoría de la caverna»). Finalmente, la república debía estar regida por «reyes filósofos», es decir, por aquellos que aman la verdad y siguen las enseñanzas de los auténticos filósofos, un principio que sería recogido por la Europa ilustrada del siglo XVIII. Con Platón, la filosofía griega alcanzaba una coherencia nunca antes conocida, del mismo modo que el poderoso atractivo de su escritura (con el feliz hallazgo de la forma dialogada) enriquecía la literatura de su tiempo.

Su discípulo Aristóteles fundó el Liceo como gran centro para la difusión del conocimiento racional en Atenas, preocupándose esencialmente por el establecimiento (justamente contra su maestro) de una teoría realista del conocimiento (de modo que la realidad del mundo sensible se constituía en la base de su lógica) y por la fundamentación de una

moral (*Ética a Nicómaco*) y de una teoría política, ya que el hombre, según su propia definición era en esencia «un animal político» (*Política*). Utilizando una expresión mucho más austera y precisa, como convenía a la altura de la temática abordada, Aristóteles trató de dar soluciones a viejos problemas de la filosofía griega que se venían indagando desde la época de los primeros presocráticos. Así, su física proponía el hilemorfismo (los objetos se componían de materia y forma), lo que permitía obviar la contradicción entre Heráclito y Parménides (la aporía del ser y el devenir se resolvía mediante la teoría derivada de la potencia y el acto), mientras su antropología concebía al hombre como un compuesto indisoluble de materia y espíritu, definido especialmente por su razón, es decir como animal racional. Su ética descansaba en la búsqueda del bien supremo como motor esencial de la acción humana y designaba a este bien supremo como felicidad y, en última instancia, como sabiduría. Finalmente, si bien definía los tres sistemas políticos y sus degeneraciones (la monarquía convertida en tiranía, la aristocracia convertida en oligarquía y la democracia convertida en olocracia, es decir en demagogia o gobierno de las muchedumbres halagadas en sus emociones irracionales), sus preocupaciones iban más en el sentido del gobierno práctico de la república, que debía adaptarse a las circunstancias concretas, por lo cual añadió a sus reflexiones una Constitución para Atenas. Sus lecciones, que incluían también tratados de Lógica (*Organon*), Retórica, Poética o Historia Natural, serían estudiadas tanto por los tratadistas cristianos, musulmanes o judíos, como por los filósofos no creyentes y ejercerían una influencia capital en la formación del pensamiento europeo de épocas posteriores.

La decadencia de las grandes ciudades griegas (Atenas, Esparta, Tebas) fue aprovechada por Filipo de Macedonia, soberano de un territorio al norte de Grecia (si dentro o si fuera es hoy día todavía un tema de debate, aunque la cuestión podría ser secundaria si tenemos en cuenta que los macedonios se convertirían en los principales exportadores de la civilización helénica fuera de las fronteras tradicionales durante la segunda mitad del siglo IV antes de la era común), para imponer su dominio pese a las advertencias del gran orador Demóstenes a sus conciudadanos (*Filípicas*) y tras vencer a los coaligados atenienses y tebanos en la batalla de Queronea (338).

Su hijo y sucesor, Alejandro Magno, después de asentar su autoridad a sangre y fuego en su propia patria y en la recién conquistada Grecia, se entregó al grandioso proyecto de dirigir una ambiciosa campaña contra Persia que debía ser la respuesta a las invasiones antiguas de Darío y de Jerjes. En un gesto de gran simbolismo visitó Troya y rindió homenaje a Aquiles, el héroe homérico, antes de dirigir sus tropas hacia el interior de Asia. Tras una significativa entrada en Egipto (donde fundó Alejandría), las grandes victorias sobre los persas y la destrucción de Persépolis marcaron el final de la campaña (330) y el comienzo de una aventura que llevaría al rey de Macedonia (ahora también de Grecia y de Asia) hasta las fabulosas tierras de la India. Su muerte en Babilonia (323) conllevó la división de su vasto imperio entre sus generales, los epígonos, que inauguraron una nueva edad de la historia, la época helenística.

La época helenística representa un nuevo periodo de la historia de Europa (y también de la cuenca

mediterránea y del Próximo Oriente) que discurre entre la muerte de Alejandro en el año 323 y la muerte de la reina Cleopatra de Egipto tras la batalla de Accio, en el año 30 antes de la era común, época que coincide con la consolidación de Roma como gran potencia y con los momentos previos a la aparición del Imperio romano. El nuevo escenario político será dominado en este tiempo por los tres reinos presididos por las dinastías macedonias fundadas por los epígonos de Alejandro (los Tolomeos en Egipto, Palestina, Libia y Chipre; los Seléucidas en Oriente Medio y los Antigonidas en Macedonia y el norte de Grecia), al tiempo que en Occidente los estados de Cartago y de Roma dirimían en el campo de batalla su supremacía, saldada definitivamente a favor de esta última formación política. Mientras tanto, sin embargo, la cultura helenística produce algunas de las «maravillas de la Antigüedad», como el templo de Ártemis en Éfeso, el Coloso de Rodas o el Faro de Alejandría, y algunas de las obras escultóricas más famosas de todos los tiempos, como la *Victoria de Samotracia*. Mientras tanto, igualmente, la cultura helenística allana el camino para que la cultura griega conquiste a los conquistadores de Grecia, los romanos.

Grecia continuó bajo la dependencia de Macedonia afrontando un grave proceso de decadencia a lo largo de los siglos siguientes. Durante el siglo III el mundo griego pudo sobrevivir buscando consuelo en la literatura: el poema épico pleno de aventuras de Apolonio de Rodas o de Alejandría (*El viaje de los argonautas*), la poesía de Teócrito de Siracusa o de Calímaco («... ya no eres, amigo de Halicarnaso, sino vieja ceniza, pero vivirá el ruiseñor de tus cantos...»), la comedia nueva de Menandro,



Mosaico de la batalla de Issos de Alejandro Magno contra Darío (conjunto y detalle de Alejandro), s. II a.C. Museo Archeologico Nazionale di Napoli.



de quien apenas si conocemos completa su obra *El misántropo*. Y también en la filosofía, que acentúa especialmente su vertiente ética como ya había ocurrido con los filósofos cínicos, seguidores de Diógenes de Sínope, famoso por su vida de autosuficiencia, extrema pobreza, libertad radical y ataque a las convenciones sociales hasta llegar a la extravagancia, aunque también hay que resaltar su concepción del cosmopolitismo: más que ciudadano de Atenas, ciudadano del mundo. En el siglo III florece la filosofía de los estoicos de Zenón de Citio (en la isla de Chipre), fundador de una escuela de pensamiento en la Stoa Poikile (de donde el nombre), que enfatiza el uso de la razón como base de las conductas individuales (dominio de los instintos y las pasiones), y la de los seguidores de Epicuro, quien en sus enseñanzas, impartidas en su famoso Jardín, ponía el acento en la búsqueda de una felicidad terrena basada en la moderación, en la ataraxia (tal como se resume en su *Carta a Menecio*). Y el espíritu griego seguía floreciendo fuera de la Península en la obra de otras grandes figuras, como los científicos Euclides de Alejandría (autor de los trece libros de *Elementos de Geometría*, o simplemente *Elementos*, cuyos axiomas han sido básicos para el desarrollo posterior de las matemáticas en el mundo europeo) y Arquímedes de Siracusa, matemático y famoso tanto por algunas de sus sentencias («Dadme un punto de apoyo y moveré la Tierra»), como por el descubrimiento del famoso principio al que da nombre, cuya obra más conocida entre las llegadas a nosotros es la carta enviada a Eratóstenes, bibliotecario de Alejandría, conocida como *El método*. En definitiva, la filosofía y la ciencia griegas constituyen una de las mayores aportaciones de la Antigüedad a la configuración

de Europa, a pesar de la incompleta transmisión de los escritos desde los lejanos tiempos de su elaboración hasta nuestros días. Afortunadamente, una parte de esas enseñanzas fueron recogidas por un escritor griego de espíritu enciclopédico, Diógenes Laercio, que escribió bajo el principado del emperador Alejandro Severo en la primera mitad del siglo III de la era común diez volúmenes orgánicamente compuestos por escuelas (presocráticos, Sócrates y discípulos, Platón, platónicos, Aristóteles, cínicos, estoicos, pitagóricos, otros filósofos y Epicuro) de *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, una fuente fundamental para nuestro conocimiento de la sabiduría helénica.

* * *

Sin embargo, una nueva potencia surgida en la península italiana, la ciudad de Roma, pronto capital de una formación política mucho más extensa y compleja, puso fin a esta independencia política tras la ocupación de Macedonia y Grecia (148-146), aunque conservando un gran respeto por la cultura helénica, que acabaría salvando al asumirla en buena parte, incluso creando un mito fundacional que vincularía a Roma con el pasado remoto de Grecia, con la leyenda homérica de la guerra de Troya a través de la figura de Eneas, escapado de la destrucción de Ilión por la coalición micénica y arribado después de muchas peripecias a las tierras de los latinos.

El poeta Virgilio (también celebrado como lírico por sus *Églogas* o *Bucólicas*, una evocación de una idealizada Arcadia pastoril), fue el autor del poema (*Eneida*) que proporcionó a Roma esta epopeya de carácter nacional siguiendo los modelos homéricos.

Tras la muerte del héroe troyano, su hijo Ascanio o Julio (de quien pretendió descender la gens Iulia, en cuyo seno nacerá Julio César) fundó la ciudad de Alba Longa (que devino la capital del Lacio) y dio origen a la dinastía de donde nacieron Rómulo y Remo, los hermanos que amamantados por la loba capitolina fundaron la ciudad de Roma a orillas del Tíber sobre las siete colinas. Rómulo así fue el primer rey de Roma, a la que dotó de instituciones para su gobierno antes de su ascensión a los cielos.

No obstante, la historia es muy diferente. El Lacio, que era una región pobre desde el punto de vista agrícola y minero, debió su fortuna a su estratégica situación en la ruta que iba a la Campania desde la Toscana, el solar de la primera gran civilización itálica, la de los etruscos, que supieron combinar las aportaciones orientales que circulaban por el Mediterráneo con la influencia de sus vecinos griegos para crear una cultura propia, que transmitieron a los romanos cuando la ciudad, que había abandonado la monarquía a favor de una república patricia (según la tradición, en 509 antes de la era común), y después de una continua serie de guerras con todos los pueblos aledaños, impuso su dominio sobre todas las ciudades etruscas, completando su hegemonía sobre la península italiana al comienzo del siglo I de la era común.

Ya antes de este momento Roma había iniciado una política de expansión que le llevaría a enfrentarse con las restantes potencias del Mediterráneo occidental. Primero se impuso a la ciudad de Tarento en la Magna Grecia (272). Después dio ini-

cio al largo enfrentamiento con Cartago conocido como Guerras Púnicas (de púnicos o fenicios): la primera entre 264 y 241, que tuvo como efecto la incorporación de Sicilia, Córcega y Cerdeña; la segunda (218-202), la más famosa, contra Aníbal, con las sucesivas derrotas romanas de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas en Italia, y la victoria final de Zama en Africa; y la tercera, con la destrucción de la ciudad cartaginesa en 146. Hispania, cuya ocupación se iniciaría en 218, sería igualmente sometida pese a algunas famosas resistencias, como la sostenida por la ciudad de Numancia (133). La Galia Cisalpina caería en poder de Roma entre 202 y 191, y unos años más tarde la Galia Narbonense, entre 125 y 121. Al mismo tiempo, la mirada expansionista tomaba la dirección de Oriente: sometimiento de Macedonia (148), seguido de la destrucción de Corinto y la mediatización de las ciudades griegas (146). Otras guerras siguieron en el siglo I: guerra contra Yugurta, rey de Numidia, en Africa (112-105), primera y segunda guerras contra Mitridates, rey del Ponto (88-63), guerra de las Galias (58-51) y, finalmente, ocupación de Egipto (30).

Así, antes de acabar el siglo I antes de la era común, Roma había puesto las bases de lo que acabaría siendo un dilatado y duradero Imperio con asiento en Europa. A este respecto, Polibio es el gran historiador del imperialismo romano de época republicana (aunque no todavía del Imperio, que no había nacido en su época). Escritor en lengua griega (puesto que fue uno de los rehenes de la aristocracia aquea traídos a Roma tras una de las guerras emprendidas contra Macedonia), la expansión de la nueva potencia le pareció una de las

temáticas más dignas de interés que podía ofrecerse a un observador. Así su obra (*Historia*), redactada en la segunda mitad del siglo II antes de la era común, tendría como objetivo discernir los factores que explicarían el ascenso de la ciudad a la hegemonía en el ámbito del Mediterráneo entre 264 y 144. Su horizonte mental no es el de la *polis* griega, cerrada unidad perfecta en sí misma, sino la expansión de una formación imperial (bajo nombre republicano y gobernada por una constitución mixta entre oligárquica y democrática), inmersa en un dinámico proceso de asimilación de las distintas civilizaciones que coexisten y se relacionan en el seno de un edificio político. Por ese camino, la historia de Roma se convertía en historia universal.

Al lado de la obra de Polibio, la otra construcción historiográfica que tiene como objeto dar cuenta de la trayectoria de Roma desde sus propios orígenes (*Ab Urbe Condita*), escrita por Tito Livio cien años más tarde, no alcanza su grandeza: la perspectiva es más nacional o patriótica, la narración está lastrada por preocupaciones retóricas, la intención no es la de conseguir una comprensión profunda de los acontecimientos, sino la de certificar el destino de una Roma que debía ser eterna. Su obra formará, como la epopeya de Virgilio, parte del programa diseñado en tiempos de Augusto para hacer de su principado el momento cénital de una Roma ahora consciente de su misión histórica.

Por el contrario, los demás historiadores de altura de la época no se propusieron visiones generales del avatar de Roma, sino que se atuvieron a la narra-

ción o al análisis de episodios concretos. Fue el caso de Julio César, autor de diversos relatos autobiográficos de sus campañas (los siete libros de los *Comentarios a la guerra de las Galias* y los tres libros de los *Comentarios a la Guerra Civil*) redactados en un estilo sencillo y directo. Fue también el caso de Salustio, historiador de *La Guerra de Yugurta* y cronista de la desintegración del sistema republicano con su *Conjuración de Catilina*, el mismo tema que inspiró uno de sus discursos más famosos al gran orador de la época, Cicerón (*Catilinarias*).

La cultura republicana no fue solo el ámbito de los cronistas y los historiadores, sino que también en otros campos aportó creaciones significativas e influyentes. Tomando como modelo la comedia nueva griega, el teatro romano nació tempranamente con las obras de Plauto (*Aulularia*) y de Terencio (*Formión*). La poesía abandonó los dictados heroicos arcaicos y adoptó también muchos de los elementos de la lírica griega: el corifeo de la nueva tendencia (la de los llamados neotéricos) fue Catulo, autor de poemas que sirven de vehículo a sus sentimientos personales, a menudo de carácter amoroso, como en los famosos versos dedicados a Lesbia, donde aparece el *topos* de la brevedad de la vida:

Vivamos, querida Lesbia, y amémonos.

[...]

Los soles pueden salir y ponerse;
nosotros tan pronto acabe nuestra efímera vida,
tendremos que vivir una noche sin fin.

El epicureísmo reaparece en la filosofía de Lucrecio (en su famoso poema *De la Naturaleza*): el

universo regido por leyes inmutables destierra el temor a lo sobrenatural en un hombre compuesto de átomos cuya vida viaja de la nada a la nada.

Del mismo modo, el arte romano se movió entre la cercana herencia de los etruscos y la seducción de Grecia. Si los arquitectos romanos aprenden la solidez que desarrollarán con excelsitud en tiempos imperiales, la casa se convierte en un espacio organizado para la comodidad de sus habitantes y en un receptáculo para acoger el esplendor de las artes decorativas: la perfección de los suelos de mármol o de los mosaicos historiados (como el de Alejandro de la Casa del Fauno de Pompeya) y la belleza de la pintura definida por los dos primeros estilos pompeyanos (es decir reconstruidos a partir de Pompeya, urbe destruida por el Vesubio en el 79 de la era común), como las que decoran los muros de la Villa de los Misterios en dicha ciudad. Aunque tal vez la creación artística más puramente romana sea la del retrato realista, ajeno a las representaciones idealizadas helénicas como fruto tal vez del deseo de conservar una imagen auténtica de los antepasados, uno de los objetos del culto doméstico.

La Roma republicana estaba constituida por una comunidad de ciudadanos libres (al estilo de la ciudad-estado griega), que se repartían las distintas competencias civiles: las magistraturas, las asambleas populares (que representaban a la mayoría, a la plebe) y el Senado (verdadero órgano de gobierno, sede del poder patricio). Como contrapartida de sus derechos, el más característico de los deberes del ciudadano romano era el servicio militar, que le obligaba a estar disponible hasta

los 45 años, formando parte de la legión, la unidad esencial del ejército. La administración local difería según la condición de las provincias (en virtud de su mayor o menor grado de adhesión a Roma), pero proliferaron las ciudades con una organización similar a la romana, pues en la doctrina política la urbanización equivalía a la civilización, aunque también fue significativo el papel de la gran hacienda rural, la *villa*, prototipo del latifundismo de base esclavista.

La religión romana fue tolerante, tendente al eclecticismo y el sincretismo. La religión oficial era funcional y cívica, de modo que los colegios sacerdotales constituían una magistratura más. Los dioses provinciales eran incorporados mediante la evocación o la asimilación, en todo caso integrados en un mundo religioso donde las divinidades podían ser perfectamente compatibles, como muestra una de las más grandiosas construcciones romanas, el Panteón de Agripa (ya de época imperial), dedicado como su nombre indica a todos los dioses. La destrucción del Templo de Jerusalén bajo Tito tuvo motivaciones claramente políticas. Y las persecuciones contra los cristianos (Nerón, Decio, Diocleciano: de doce a quince mil ejecutados) se dieron por el carácter subversivo de una creencia que se oponía a los fundamentos cívicos de la religión de Estado de Roma.

El sistema republicano dio necesariamente muestras de fatiga ante el extraordinario esfuerzo que había convertido a una ciudad-estado en la cabeza de una extensa formación política que dominaba buena parte de Europa y las regiones vecinas de Asia y África. La crisis se arrastró desde



Pompeya, Villa dei Misteri.
Escena de consagración de un ramo de olivo, ca. 80 a.C.

mediados del siglo II hasta el último tercio del siglo I, en que dio paso al Principado, al sistema imperial, que conocería su primer esplendor en tiempos de su primer titular, Octavio Augusto. La crisis se manifestó primero en el terreno militar con las dificultades para reclutar legionarios que debían ser ciudadanos romanos. La proletarización del ejército llevada a cabo por Mario dio origen a la reacción conservadora de Sila, lo que condujo a una primera guerra civil. La creación del primer triunvirato (Craso, Pompeyo y César) derivó hacia el poder absoluto de este último, segado por una conjura republicana urdida por Bruto y Casio. El segundo triunvirato (Lépido, Marco Antonio y Octavio Augusto) terminó igualmente en el gobierno personal del último de los triunviros tras su victoria sobre Marco Antonio (batalla de Accio) que le brindó el acceso al Principado, iniciando así el periodo de la Roma imperial.

El Imperio romano creó una comunidad política de amplia base territorial, incorporando bajo su soberanía (con centro en Italia) a buena parte de Europa, desde las Islas Británicas (ocupadas en 43 bajo el emperador Claudio) al mar Negro y desde el Mediterráneo al mar del Norte. El proceso, extendido a lo largo de varios siglos, fue complejo y prolijo, tanto en lo referente a la sucesión de los regímenes políticos (ocasionando normalmente graves y a veces sangrientos conflictos), como en lo relativo a las transformaciones económicas y sociales operadas en el seno de la misma Roma, o como en lo que atañe a la inclusión de los territorios incorporados dentro de la estructura imperial según distintas fórmulas antes y después de la universalización de la ciudada-

nía romana decretada por Caracalla (212). En cualquier caso, como resultante final, corresponde a Roma el mérito de haber alumbrado la primera creación política europea y de haber legado a la posteridad algunas de las que se cuentan todavía entre las principales señas de identidad de la Europa contemporánea, como son el derecho y el latín, origen de las lenguas romances.

Aunque a lo largo de los cinco siglos de duración del Imperio se sucedieron diversas dinastías familiares en el ejercicio del poder (los Julio-Claudios, los Flavios, los Antoninos y los Severos), antes de que la decadencia solo permitiera los principados personales de algún soberano enérgico, cabe sintetizar tanto las bases en que se asentó el gobierno como las bases que permitieron dar cohesión al inmenso territorio puesto bajo la soberanía de los emperadores.

El emperador concentró en sus manos todos los poderes: ejecutivo, legislativo, judicial, militar y religioso. Ahora bien, esta monarquía (pese a que nunca se llamó así, sino Principado o Imperio) hubo de contar con una amplia aceptación para posibilitar un ejercicio que habría de perdurar varios siglos. El emperador necesitó la confianza del ejército (que por aclamación le reconocía como supremo jefe militar), del Senado (que le transmitía el *imperium* y la *tribunicia potestas*, además de mantener el teórico control de la política) y del pueblo romano que, asentado en sus comicios, garantizaba la popularidad del príncipe en contrapartida de su *liberalitas*, es decir, de su capacidad para garantizar repartos de trigo y de dinero y sesiones de anfiteatro y de circo, lo que sería

denostado por el poeta satírico Juvenal a través de una sentencia imperecedera: la política imperial debía ofrecer *panem et circenses*.

Tan importante como la estabilidad asegurada por el poder y el prestigio del emperador, era la satisfacción y la prosperidad de las provincias, segundo requisito imprescindible para la cohesión de tan vasto territorio puesto bajo la soberanía de un solo hombre. El proceso de asimilación de las provincias a Roma, el proceso que llamamos de romanización, fue posible en Europa gracias a la acción de una serie de elementos que actuaron como cemento de unión entre las diversas regiones. Las provincias se organizaron en ciudades bien ordenadas según el modelo institucional romano, las obras públicas (en las que los ingenieros ejercitaron su proverbial talento) garantizaron una infraestructura urbana capaz de satisfacer sus necesidades elementales, la red viaria (calzadas y puentes) sigue todavía en parte en pie como testimonio de la fluida comunicación entre las diferentes partes del Imperio, la falta de conflictividad entre los dioses romanos y los dioses locales (unida al culto imperial como factor integrador) fue otro elemento de distensión entre las comunidades, la formación de un mercado internacional que permitía el intercambio de frutos y de manufacturas a gran distancia promovió la comunidad de intereses entre las provincias, el avance del latín como lengua común en Occidente y el mantenimiento del griego como lengua común en Oriente facilitaron el proceso de romanización y finalmente la paz gozada desde el ascenso de Augusto (la *pax romana* avalada por el ejército

más poderoso de la época) dio alas a una feliz convivencia después de una larga época acechada por el espectro de la guerra. Una convivencia asegurada en último extremo por el imperio de la ley, por el triunfo generalizado del derecho.

El derecho romano merece una mención aparte. El derecho está indisolublemente asociado a la ciudadanía, al gobierno, al orden, a la civilización: no hay sociedad civilizada sin el imperio de la ley (*Ubi societas, ibi ius*). De ahí que en Roma se conociese una constante producción legislativa y una constante reflexión sobre el propio derecho con nombres muy ilustres vinculados a la misma. Así, la jurisprudencia avanzó gracias a tratadistas como Celso y Salvio Juliano (que unificó el derecho poniendo fin a las distintas escuelas), Gayo (*Institutiones*) y los juristas de tiempos de los Severos como Papiniano, Paulo y Ulpiano, que crearon una nueva ciencia jurídica vinculada a la estructura del Estado. Sin embargo, sería Justiniano, el emperador bizantino que trató de reunir de nuevo las dos partes del Imperio, quien preservaría el derecho romano gracias a su labor codificadora (realizada en latín): *Digestum* (o *Pandectas*, en griego, la compilación esencial), *Instituta* (resumen o manual) y *Novellae* (leyes nuevas). Hoy puede afirmarse que la conservación del derecho romano es uno de los legados básicos del mundo clásico para la construcción de la Europa que ha pervivido hasta nuestros días.

La aparición del Imperio produjo un sentimiento generalizado de ilusión que respondía al deseo

de paz y estabilidad de una sociedad fatigada por las guerras exteriores y los conflictos internos. Este anhelo de renovación que el nuevo soberano supo encauzar a su favor mediante una política deliberada de exaltación de su imagen, propició una verdadera edad de oro de la cultura romana que conocemos precisamente como el siglo de Augusto.

La nueva atmósfera cultural fue en buena medida obra de toda una generación de excelentes poetas congregados en torno a Augusto y a uno de sus principales valedores, Mecenas (quien daría nombre al mecenazgo como acción de promover el arte y proteger a los artistas), aunque también enmarcados en otros círculos, como el de Mesalla, que acogió a Tibulo, el dulce cantor del amor, de la paz y del retorno a una mítica y feliz edad áurea:

Fue la blanca Paz la primera
en llevar a los bueyes a arar bajo los curvos yugos.

Entre todos hay que destacar, junto a Virgilio, a Propertio, autor de unas conmovedoras elegías a su amada velada bajo el nombre poético de Cintia («En una sola noche, cualquiera puede ser un dios»), a Ovidio, autor de una obra imperecedera, una suerte de compendio poético de mitología que conocerá un éxito permanente a lo largo de los tiempos (*Metamorfosis*) y, sobre todo, a Horacio, creador de algunos de los versos más famosos de la Roma antigua, con sus *tópoi* (que haría eternos) del lugar apacible (*locus amœnus*), de la vida retirada comportando a veces un matiz elitista (*odi profanum vulgum atque arceo*),

de la dorada mediocridad (*aurea mediocritas*), de la felicidad efímera (*carpe diem*) del hombre íntegro y libre de culpa que nada teme (*integer vir scelerisque purus*), de la brevedad de la vida (*hunc vina et unguenta et nimium breves | flores amœnae ferre iubet rosae, | dum res et atas et sororum fila trium patiuntur atra*) o de la poesía más poderosa que la muerte (*exegi monumentum ære perennius*). Y también en época de Augusto escribiría en griego Estrabón de Amasia los diecisiete libros de su *Geografía*, la más extensa descripción del mundo conocido.

El siglo de Augusto no agotó obviamente la creatividad de la Roma imperial aunque el recuerdo de su esplendor literario hizo pensar en sus continuadores como meros representantes de una edad de plata. De esta forma, la poesía épica, que tenía como modelo cenital la obra virgiliana, produjo otra epopeya de indiscutible mérito pero que siempre se resintió de la comparación con el paradigma insuperable: fue la *Farsalia* de Lucano, sobre el fondo de las guerras entre Pompeyo y César. Tampoco alcanzó la fama de muchos de los escritos anteriores la obra de Tácito, otro de los grandes historiadores romanos, que no hubo de ocuparse del cambio de régimen (como Salustio) ni de los fastos de la historia patria (como Tito Livio) ni de la expansión imperialista romana (como Polibio), sino que dedicó su inteligencia a analizar otra cuestión de amplio alcance, pero menos popular, la emergencia del absolutismo despótico en época imperial (*Anales e Historias*), antes de proponer un texto antropológico de carácter excepcional sobre los pueblos situados en las fronteras del Imperio (*Germania*). Y lo mismo cabe decir de la obra tar-

día de Amiano Marcelino, que escribió la continuación cronológica de las historias de Tácito (*Res gestæ*), pero recuperando el aliento patriótico de los primeros historiadores imperiales.

Sin embargo, no cabe olvidar la originalidad de muchos otros escritores de la edad de plata, como los creadores de las primeras novelas (Petronio y su *Satiricón*, Apuleyo y su *Asno de oro*), o los cultivadores de la poesía epigramática, como Marcial, y satírica, como Juvenal. También florecieron otros géneros como la retórica (Quintiliano) o la filosofía, especialmente la estoica, que fue el auténtico pensamiento ético y político de la Roma imperial, tal como aparece en la obra de su mejor representante, Séneca, autor de tragedias, de cartas y, sobre todo, de una serie de tratados breves de alta elevación moral (*De ira*, *De brevitate vite*, *De tranquillitate animi*, *De vita beata*, *De clementia*) y, al final de la época imperial, también la neoplatónica, desarrollada por Porfirio, por Jámblico y, sobre todo, por Plotino, el último gran filósofo del mundo antiguo (*Enéadas*). La ciencia contó entre sus más celebrados cultivadores con Plinio el Viejo (*Historia natural*), Claudio Galeno (autor de *Arte médica* e impulsor del santuario balneario dedicado a Asclepios en Pérgamo, su ciudad natal), Pomponio Mela (autor en tiempos del emperador Claudio de un compendio geográfico en tres volúmenes) y Claudio Tolomeo (sustentador en el siglo II de la teoría geocéntrica y autor de una geografía basada en datos astronómicos para establecer las coordenadas de ciudades, ríos o montañas), todos los cuales se convertirían en referencia fundamental para la ciencia medieval y renacentista.

Los escritores de la época imperial utilizaron el latín o el griego, normalmente según sus lugares de procedencia. Así, el griego es la lengua del historiador Plutarco (cuyas *Vidas paralelas* tratan de contraponer con una intencionalidad moral a los grandes personajes políticos y militares de Grecia y Roma), del gran escritor satírico Luciano de Samósata (*Relatos verídicos*, ficciones cargadas de ironía que ejercerán una extraordinaria influencia en los escritores de los tiempos modernos) y de los creadores del género de la novela llamada bizantina, género de amores y aventuras cultivado por Caritón de Afrodisias (*Quéreas y Calírroe*), Longo de Lesbos (*Dafnis y Cloe*), Heliodoro de Émesa (*Etiópicas* o *Teágenes y Cariclea*) o el Pseudo Calístenes, a quien se atribuye la *Vida de Alejandro* y que tendría gran resonancia en el mundo literario de épocas posteriores. Algún autor eligió, sin embargo, el griego por puro gusto personal, como fue el caso del emperador Marco Aurelio, pensador estoico en su obra *Ta eis heautón* (*Cosas para sí mismo*, habitualmente puesta bajo el título de *Meditaciones*: «Hombre, has sido ciudadano de esta gran ciudad [...] ¿Qué hay de terrible, pues, si te expulsa de la ciudad no un tirano ni un juez injusto sino la naturaleza que te introdujo?»). De esta forma, el Imperio de Oriente hablaría griego y salvaría la admirada lengua helena para la posteridad.

El latín fue la lengua de Occidente, aunque llegaría a implantarse incluso en la lejana Dacia (la actual Rumanía). En los confines del Imperio, a orillas del mar Negro, en la ciudad de Tomis (la actual Constanza), Ovidio, el poeta augusteo, podía lamentarse de su triste exilio («Voy a morir, así pues,

tan lejos, en costas ignotas») utilizando la bella lengua latina con la que trataba de comunicarse con sus amigos de Roma. Y, después de la caída del Imperio de Occidente, el latín perduraría en las lenguas romances o románicas de Europa (aunque no en África, donde sería barrido por el árabe pese a haber sido el idioma usado por los escritores cristianos como Agustín de Hipona), sería la lengua de las iglesias, del derecho y de las cancellerías, sería reivindicada por el Renacimiento y perviviría incluso en el lenguaje de las taxonomías científicas del siglo XVIII. Así, el latín sería otro de los legados de la Roma imperial a la Europa del futuro.

También lo es su arte, fruto de la experimentación tardorrepública y del ejemplo de los modelos helénicos. La arquitectura romana (teorizada en los diez libros clásicos de Vitrubio) se distinguió tanto por su perdurabilidad (gracias al uso del *opus caementicium* u hormigón, combinado con el *opus latericium* o ladrillo) como por su monumentalidad, que ha quedado reflejada en los grandes foros romanos (centros de la vida política, jurídica, religiosa, comercial y de relación), los templos, las basílicas, las termas (lugares de ocio, deporte y trato social) o las grandes construcciones al servicio de los espectáculos: teatros, circos (para las carreras de carros) y anfiteatros (para las luchas de los gladiadores). Algunas obras singulares dan testimonio de este esplendor: el ya citado Panteón de Agripa, el Coliseo (o Anfiteatro Flavio), la Villa Hadriana de Tívoli (la más atractiva de las residencias imperiales), las termas de Caracalla, el palacio de Diocleciano (hoy convertido en una ciudad, Split, en Croacia), la basílica de Majencio.

La escultura ha dejado como ejemplos más sobresalientes los relieves históricos del *Ara Pacis* de Augusto (símbolo por excelencia del programa político del primer emperador), de los arcos de Tito y Constantino, de la columna de Trajano. Las artes decorativas siguieron evolucionando con los estilos tercero y cuarto de la pintura pompeyana, la musivaria llenó de escenas de todas clases las casas de las ciudades y las *villae* repartidas por los campos, la orfebrería alcanzó su mayor brillo con la delicada elaboración de los camafeos de piedras semipreciosas. Todo un mundo que llenaría de admiración mil años más tarde a los hombres del Renacimiento.

El Imperio no resistió el paso del tiempo. Algunos emperadores enérgicos consiguieron detener por un tiempo la decadencia interior y la amenaza exterior. Diocleciano (284-305), Constantino (306-337), el fundador de la ciudad que lleva su nombre (324) y que se convertiría en la nueva capital imperial (330) y, finalmente, en la capital del Imperio romano de Oriente o Imperio bizantino, y Teodosio (379-395), a cuya muerte el Imperio se dividió entre sus hijos Arcadio (emperador de Oriente) y Honorio (emperador de Occidente), bajo la protección del regente y gran militar Estilicón.

Sin embargo, la suerte estaba echada. Por un lado, la decadencia interior se manifestaba en la crisis de la economía, en la ruralización de la población, en la aparición del colonato como sustitutivo de la economía esclavista tradicional, en la barbarización del ejército, en la incapacidad de la administración para atender debidamente un territorio in-

menso y amenazado por todas sus fronteras. Por otro lado, estaba precisamente esa presión sobre el perímetro imperial a cargo de los pueblos llamados bárbaros, que se ven capaces de derrotar a las legiones romanas (Adrianópolis, 378) y penetrar en el *limes*, y que desde principios del siglo V en-

tran incluso en Roma (saqueo de los visigodos en 410 y de los vándalos en 455), hasta que la deposición de Rómulo Augústulo por Odoacro, rey de los hérulos (476), pone un fin simbólico al Imperio romano de Occidente y pone una fecha también simbólica al comienzo de la Edad Media.

